

Ana Terradillos

VIVIR

después de

MATAR

LOS TERRORISTAS DE **ETA** QUE DEJARON LAS
ARMAS CUENTAN POR PRIMERA VEZ SU HISTORIA

PRÓLOGO DE

Iñaki Gabilondo



Índice

Dedicatoria

Prólogo. Otra grieta en el búnker, por Iñaki Gabilondo

Introducción

1. CARA A CARA CON LOS DISIDENTES

El hombre que dejó a su hija por ETA

Cara a cara con tu pasado

Un hombre arropado por el miedo

Confesiones a los pies de un faro

García Corporales, Astarloa, Igor y Rekarte: cuatro formas de romper con ETA

2. LOS MAL LLAMADOS ARREPENTIDOS

El rastro del perdón

Una cabeza disidente

Los tres líderes del adiós

3. EL CAMINO HASTA NANCLARES

Etarras a favor del concejal

Expulsión del filósofo de ETA

El debate de la reinserción

4. EL HOMBRE QUE TENDIÓ LA MANO

El reo frente a la persona

El arrepentimiento como condición

Resarcir a las víctimas

5. LA FÓRMULA QUE LLEVA AL PERDÓN

Con el asesino de mi hermano

La exigencia del perdón

Atentados impunes

6. LA PERSONA DETRÁS DEL PERSONAJE

Una vida dependiente
La carta de la Tigresa

7. CARTAS DESDE NANCLARES

8. ¿QUÉ DICEN LOS DISIDENTES DEL EPPK?

La muerte de un ser querido
Un pulso desde Nanclares
El rastro del EPPK

9. LA REALIDAD DE LOS PRESOS ETARRAS

Rodeado de víctimas
El acuerdo de Gernika

10. ASÍ ES EL MUNDO TRAS VEINTE AÑOS DE CONDENA

Regalo de Navidad
La sensación del tiempo perdido
Un camino sin mirar atrás
Respeto a las víctimas
El hombre de los percebes

11. CUANDO LAS VÍCTIMAS HABLAN

Organizado en secreto
La reconciliación en catorce claveles
Un asesinato sin resolver
Aprende a decir «cuando matamos»

12. SEÑALADOS COMO TRAIADORES

Pertur y los poli-milis
Amenazas de muerte por parte de ETA
El vacío en la cárcel

13. TRABAJANDO CON UN EXETARRA

Carne de talleres
Entre rejas

14. EL LABERINTO DE LAS INDEMNIZACIONES

Poco dinero y mucho significado

15. ¿Y AHORA QUÉ? LUCES Y SOMBRAS SOBRE EL FUTURO DE LA VÍA NANCLARES

Encuentros con las víctimas
El paso que falta a los disidentes
Una fórmula distinta

Agradecimientos
¿Quién es quién en la Vía Nanclares?
Apéndice documental
Créditos

A mis aitas Isaac y Carmen por su apoyo incondicional.

A todas las víctimas de ETA.

Prólogo

OTRA GRIETA EN EL BÚNKER

Solo 23 de los casi 700 presos de ETA se acogieron a la Vía Nanclares, el camino que en el año 2009 se abrió para ayudar a los etarras que decidían abandonar la banda.

La cifra, pequeña, ofrece ya un primer dato sobre la irreductibilidad del colectivo, bautizado pomposamente como «colectivo de presos políticos». La irreductibilidad candorosa de quienes están siendo engañados y utilizados para simular que el cadáver etarra aún respira. Y que esperan, con disciplinada ceguera, el momento que demuestre que todo valió la pena.

Son pocos pero han abierto una grieta en el búnker. A través de ella, nos hemos podido asomar al interior del abracadabrante mundo de ETA, una especie de alucinación en la que se mezclan idealismos, infantilismos épicos, miedo, miseria y depravación, con un componente dominante, la atrofia del sentido moral y del sentido de la realidad.

Ana Terradillos, con la aguerrida determinación que le caracteriza, se ha sumergido en las aguas muy turbulentas de estos disidentes, ha contactado con ellos y les ha escuchado con la máxima atención. Más aún, ha tratado de entender el encadenado de decisiones que primero les llevó a ETA y finalmente les hizo alejarse de ella. El resultado es impresionante, en todos los sentidos del término. Impresionantes los relatos personales, historias apagadas y tristes de inmensa soledad. Impresionante su memoria helada de

los atentados, la despersonalización de las víctimas, la lógica aplastante de un universo construido a base de dogmas. Impresionantes, asimismo, sus observaciones a la salida de la mafia, el descubrimiento sorprendido de una sociedad que no es como creían. Impresionantes, finalmente, los mil detalles del reencuentro con la vida y la desolación por el tiempo perdido.

Disidentes, no arrepentidos. Todos insisten en evitar un término que, dicen, les convertiría en traidores. La calle, el pueblo, los amigos planean como una sombra presionante sobre ellos y sobre sus familias, unas familias que, con arrepentimiento o sin él, quedan abandonadas en todos los campos por los grupos de apoyo. En el económico también.

Las peripecias vitales de estos hombres y mujeres, algunos de cuyos nombres aún nos producen escalofríos, desprenden una sensación de vacío y el sabor amargo de lo que no ha valido la pena. Recorrer sus reflexiones es acompañarles en el dolorosísimo proceso que les llevó a comprender verdades muy difíciles de digerir: lo que hicieron en su pasado etarra fue inmoral en grado superlativo pero, además, fue ilegítimo (nunca fue cierto que el pueblo les apoyara) y absolutamente inútil.

Aunque la lectura del libro puede llegar a desprender, por la baja cifra de disidentes, una tenue pero evidente sensación de que, así como cada caso es un éxito de liberación personal, la Vía Nanclares es un proyecto fallido, yo no lo creo así. Puede que las cifras lo hagan pensar, pero si miramos hacia el exterior valoraremos el efecto calambre que ha producido en la sociedad vasca. Hace más ruido un árbol que cae que un bosque que crece, dijo con mucha razón no recuerdo quién. Y de este grupo han surgido gestos de los que hacen crecer el bosque. Los más significativos de los cuales, las reuniones con familiares de sus víctimas, han dictado lecciones mayúsculas de convivencia. A mi juicio, los antiguos etarras y los familiares de víctimas del te-

rorismo están abanderando la larga marcha hacia el futuro. La mayoría social, con su comprensible deseo de dejar atrás la pesadilla, ha dado por cerrada demasiado rápido una historia negra de cuarenta años que, me temo, no va a zanjarse tan fácilmente.

Y en el fondo, los presos de ETA. Los presos que ETA tiene detenidos.

Rocambolésca situación porque, de hecho, ya casi no hay más ETA que ellos. Detrás de cada línea, de cada testimonio, se proyecta la sombra silenciosa y negra del EPKK. Encerrados en su propia jaula dentro de la cárcel, ajenos a todo y a todos, flotando a la espera de que ocurra lo que no ocurrirá. Autoengañándose con la ensoñación de que aún no han perdido e imaginando un epílogo virtual en el que algo habían ganado. Una postura insensata que, convertida en órdago al Estado, dificulta lo que dicen querer conseguir. Ana Terradillos nos recuerda que solo en la tregua de 1998, el gobierno autorizó 200 acercamientos. Y que en 1996, con Ortega Lara secuestrado, Mayor Oreja autorizó 33, más de la mitad con delitos de sangre, mientras que los jueces de vigilancia penitenciaria concedieron 13 grados. Con ETA fuera de juego, más fácil deberían ser hoy movimientos de esta naturaleza. El empeñamiento de ETA en presentar estas demandas como prueba de su capacidad de doblar el brazo al Estado, las convierte en imposibles de atender.

(Aunque, así, entre paréntesis, yo considero equivocada esta postura del Gobierno. La democracia ha ganado, lo sabemos nosotros y lo saben ellos. Aceptarles el pulso es entrar en su terreno. Las decisiones han de ser dictadas por la inteligencia. Y lo inteligente es avanzar).

Ahí les dejo con el libro. Su autora es una periodista a la que le gustan el paso ligero y la línea recta, de solvencia acreditada en los *Informativos* de la SER, implicada profesionalmente por sus muchos años siguiendo este tema, y

comprometida en planos más profundos por su condición de donostiarra.

Espero que les aproveche.

IÑAKI GABILONDO

Introducción

ETA ha matado durante cincuenta y un años. Hay 829 víctimas reconocidas oficialmente por el Gobierno y 858 según las asociaciones de víctimas. Una de las primeras víctimas fue un bebé de veintidós meses asesinado en 1960 y la última, un policía francés asesinado en marzo de 2010. Entre ambos, ETA acabó con la vida de 506 miembros de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, 58 empresarios, 39 políticos, 9 miembros de la judicatura, 7 relacionados con Instituciones Penitenciarias y tres periodistas. El resto son civiles. Más del 90 por ciento de estas víctimas fueron asesinadas después de la muerte del dictador Franco, en 1975, con la restauración de la democracia.

Estos son los números. Sin embargo, ETA ha provocado un daño que no se puede traducir en cifras. Un dolor ilegítimo que es imposible de cuantificar. Cada muerto deja viuda, hijos, familias enteras completamente destruidas y muchas de ellas con pocas posibilidades económicas de remontar. Son víctimas que estuvieron arrinconadas por todas las administraciones hasta que en 1999 se firmó la Ley de Solidaridad con las Víctimas del Terrorismo. Vaya para ellas este primer recuerdo. El asentimiento firme de que todo lo contenido en este libro está destinado a que tragedias como la suya no se repitan nunca.

De todos modos, este trabajo no se centra en ellas, sino en los etarras. Y sobre todo en aquellos que, tiempo después y tras una reflexión personal y sincera, decidieron darle la espalda a la violencia. Aquellos que abandonaron

la disciplina de la lucha armada y que abanderan ahora una nueva manera de entender el perdón. Es un camino complicado y lleno de aristas. Un dilema moral que se debate entre el recuerdo de sus actos violentos y la mirada hacia el futuro que el País Vasco necesita para vivir en paz. Ellos son los protagonistas de una pregunta compleja: ¿puede reinsertarse un etarra con delitos de sangre y vivir en sociedad? ¿Es sincero su perdón? ¿Debe una víctima tender su mano a quien busca redención? Son cuestiones de difícil respuesta. Pero no por eso deben ser acalladas, obviadas o retiradas de la escena pública.

Ese es el objetivo de este trabajo. Aportar respuestas. O por lo menos poner la información sobre la mesa para que cada cual saque sus propias conclusiones. Es la primera vez que un libro relata el camino para darle la espalda a ETA. El trayecto moral y personal emprendido por los presos de Nanclares de Oca. Ellos son los protagonistas de este libro. En estas líneas queda su verdad. Sus razones para el adiós, su reflexión personal antes de renunciar a la violencia y las consecuencias que su decisión ha tenido en su vida y en la de sus familias. Nunca lo han contado y eso es lo realmente valioso de este trabajo. No es mi papel dirimir si su arrepentimiento es sincero, si sus palabras son vacías o si de verdad sienten aquello por lo que han sido condenados. Mi labor se ha centrado más en servir de puente para que ellos mismos puedan exponerlo.

A finales del 2015, 331 presos de ETA cumplían condena en cuarenta y siete centros penitenciarios, pero la lista de Nanclares la forman solo veintitrés personas. Muy pocos si lo comparamos con el número total de reclusos que sigue teniendo ETA. A pesar de todo, su relato tiene tanta fuerza y ha hecho tanto daño a la banda que es necesario contarlos. Me gustaría agradecerles con esto la valentía que han tenido. Primero, por dar la espalda a ETA de una vez por todas. Y segundo por confiar en mí para contar su historia desde una perspectiva crítica. Sin requisitos previos y

con la independencia con la que los periodistas trabajamos en una sociedad libre.

Vaya desde aquí otro reconocimiento, esta vez para los funcionarios de prisiones de Nanclares, jueces, abogados y compañeros que han colaborado para materializar los testimonios que aparecen en estas líneas.

Reconozco que no ha sido fácil convencer a los protagonistas para que aceptasen entrevistarse conmigo. Algunos de los nombres propios que forman este listado ha trascendido a los medios. Pero la mayoría no. Este libro les identifica a todos, les pone cara y les da voz. Algo que no todos los medios de comunicación han hecho. Unos guiados por el rechazo de sus actos. Otros, los del entorno de la izquierda *abertzale*, motivados por el miedo a que sus palabras rompan la disciplina impuesta por ETA en las cárceles. No es fácil desvincularse de ETA, ni tampoco ser un exterrorista. La banda armada siempre se ha comportado como una secta y los que la han integrado durante años aseguran que la amenaza persiste de por vida: dentro y fuera de los muros de prisión. ETA siempre ha considerado que la cárcel es otro frente de lucha y todos sus disidentes son tachados de traidores. En ETA, esa desobediencia se ha llegado a pagar con la muerte.

No todos los presos de Nanclares han querido sentarse cara a cara conmigo. A quienes tomaron esa decisión les entiendo. Algunos dijeron que sí al principio y luego cambiaron de opinión. Otros se han enamorado en la cárcel, ahora son pareja y lo último que quieren ahora es plasmar su vida anterior en un libro. Se pusieron de acuerdo entre ellos y decidieron que aportar sus experiencias vitales en estas páginas iba a restarles más que a sumarles. No descarto que alguno de ellos tenga en marcha su propio proyecto literario o un documental patrocinado por algún organismo oficial que recoja de primera mano sus impresiones años después de haber recuperado su libertad. Al fin y al cabo, de una forma u otra, ellos son los más apropiados

para contar su experiencia. Esta es su historia. Para todo aquel que quiera escuchar.

1

CARA A CARA CON LOS DISIDENTES

Marcamos la cita a las 13.30 horas en una estación de carretera; una cafetería llena de asfalto, a medio camino entre Vitoria y Madrid. Los sitios concurridos son los más discretos y el escenario era el mejor para el encuentro. Un albergue de paso a golpe de café donde nadie repara más de lo debido. Y no hay sitio que pase más desapercibido para que una periodista se reúna con un terrorista. Con estas características, el sitio lo podría haber elegido yo, pero lo cierto es que, como todos los exterroristas que aparecen en este libro, este también señaló el lugar de la cita.

Cuando Josu García Corporales llegó, su voz apenas se distinguía entre el murmullo de los conductores y los gritos de los camareros. Es un lugar de descanso para camioneros y viajeros argelinos franceses que descansan en él tras alcanzar España. Van y vuelven de Algeciras, del *ferry* que les lleva hasta África, cargados de regalos para sus familiares del otro continente. A la derecha, una televisión muda da imágenes del informativo de la televisión vasca y, en la barra, dos jóvenes se afanan en servir cervezas y boquería. Todo estaba preparado y el bullicio de la escena dejó paso a la soledad de un reservado y a la complicidad de un cigarro. Fumar es una buena excusa para unir a dos extraños. En el piso de arriba, en una sala privada donde el silencio es el anfitrión, me encontré por primera vez cara a cara con aquel hombre.

Su nombre era conocido para mí, Josu García Corporales. Como sus compañeros, como la mayoría de los que aparecen en este libro, García Corporales nunca concede entrevistas. Es un apátrida en tierra de nadie. Repudiado por ETA. Repudiado por la prensa. Y sobre todo, repudiado por la sociedad a la que una vez dio la espalda por la vía de las armas. Son las consecuencias de la violencia. Una violencia que —como los que aparecen en este libro— García Corporales asegura que ahora rechaza. Es lo que se llama la Vía Nanclares, el programa de reinserción de presos de ETA que se lleva en la prisión alavesa de Nanclares de Oca y donde cumplen condena aquellos que reniegan de la disciplina de la banda.

Así nació este libro. Con la esperanza de contestar las preguntas más básicas frente a algo tan desconocido. ¿Cómo es salir de ETA? ¿Qué supone para alguien que apostó por la violencia pedir perdón a sus víctimas? ¿Es realmente sincero ese perdón? ¿Cuál es el propósito de enmienda? Así llegué a Fernando de Luis Astarloa, a Idoia López Riaño, a Iñaki Rekarte Ibarra, a Joseba Díaz Urrutia y a los doce testimonios que aparecen en estas páginas. A personas que tienen muertos en sus historiales y, en algunos casos con una vida nueva, que por primera vez rompen su silencio y cuentan su historia. Hombres y mujeres que un día decidieron abandonar las armas y a los que sus antiguos compañeros llaman, con el mayor desprecio posible, arrepentidos.

Después de muchas horas de conversación con ellos, después de acceder a su mundo y conocer de primera mano sus razones, creo que solo encontré una verdad certera: no existe una sola respuesta a esas preguntas. Cada persona tiene una historia. Un perdón por cada víctima —sea o no sincero— y una versión distinta de su propia realidad dentro de la banda armada. No existe una sola razón para dejar la violencia, para buscar el perdón de los demás y conseguir el de uno mismo, si es que de verdad lo buscan.